

Plegarias de mis
bendiciones:
el hijo de la fe y la
Esperanza

Plegarias de mis
bendiciones:
el hijo de la fe y la
Esperanza

Miguel Ángel Luquez
Escobar

Autor: Miguel Ángel Luquez Escobar
© Miguel Ángel Luquez Escobar

Dedicatoria

A todas y cada una de las personas que de una u otra forma han estado siempre presentes, expresarles mis respetos y agradecimiento por ayudar en los momentos que mi madre más lo ha necesitado. También, a todas aquellas personas que aún están, mis bendiciones, cariño y mis respetos para con ustedes. A aquellos que ya no se encuentran entre nosotros: que Dios les otorgue su eterno descanso.

Dedico estas líneas a mi madre Esperanza: te agradezco tu fe, voluntad y perseverancia; que sepas lo mucho que te admiro, quiero y respeto. Eres mi orgullo e inspiración.

A mis hermanos José Antonio y Esperanza del Valle.

Para mi hija Ghislaine Marie, su hermana Sofía, mis sobrinos Jadir, Kendrah, Keilah y Amaranta quiero dejarles en este manuscrito un legado donde perdure y prevalezca el amor, el cariño, los valores, la dignidad y el respeto.

MIGUEL ÁNGEL LUQUEZ ESCOBAR

Introducción

*Las ganas de superación siempre
serán motivo suficiente para luchar.*

Mi nombre es Miguel Ángel Luquez Escobar y nací el 18 de marzo del año 1984 en el hospital Cardón (Falcón, Venezuela) en la península de Paraganá a las 11:15 A.M; pesando 4 kilos y midiendo 51 cm. Soy el segundo de tres hermanos. Mis primeros meses transcurrieron con normalidad cumpliendo el control de vacunas sin ningún tipo de complicación. Mi crecimiento y evolución fueron muy satisfactorios: semblante sonriente y muy pocos quebrantos gripales o malestares, con una alimentación normal a base de leche materna, sopitas y jugos naturales.

No obstante, a los 9 meses presenté un cuadro complicado con un diagnóstico médico de meningitis bacteriana. Cambié de ser un niño vital a uno ciego y en estado vegetativo. Sin embargo, la fe y la resistencia de mi madre al confiar plenamente en Dios y el no haberse dado por vencida hace surgir el milagro de poder elevar al hijo en la fe y la Esperanza, de recorrer caminos oscuros, apartando todos los obstáculos, para hacer de mí una persona de bien. Plasmando una realidad alegre, angustiada y peligrosa, pero nunca perdiendo la fe ni la sonrisa y recordando siempre lo que significa vivir la vida en plenitud.

Me crié en la urbanización Las Margaritas, posteriormente en Antiguo Aeropuerto. Cursé la primaria en Venezuela, mi país natal, hasta el tercer grado en la escuela Maestro Gallegos y, luego, en la escuela Ali Primera. A la edad de 10 años, en 1994, emigramos a la isla de Aruba (Antillas neerlandesas, Reino de los Países Bajos) luego que mi mamá contrajera matrimonio con el señor Antonio Miguel Dijkhoff el 2 de marzo de 1994. Allí fuimos a emprender una nueva vida junto a mi hermana Esperanza, a quien cariñosamente llamamos la Negra y, poco tiempo después, también se incorporó mi hermano menor José Antonio. Fue una etapa de cambios ya que la cultura, el idioma, la

educación y la formación eran muy diferentes a Venezuela. El proceso de adaptación fue un reto en su momento, pero a la vez viví experiencias que para mí han sido muy gratificantes. En ellas se reflejan mis etapas de niñez y adolescencia hasta llegar a la vida adulta. Vida en la cual también he dado tropiezos, pero siempre con la misión de permanecer en pie y luchar hasta el último respiro.

El objetivo de mi autobiografía es servir de motivación para las personas que se sientan identificadas, reflejando una actitud positiva, y alentarlas a superar los obstáculos y todo lo que se propongan en la vida.

Lucha por alcanzar tus metas porque las limitaciones solo existen en tu cabeza y siempre que las dejes obstruirán tus pensamientos. Sueña y cree en que alcanzar tus objetivos será posible algún día, cuando te propongas buscar dentro de ti qué es lo que realmente te motiva a levantarte y salir a echarle ganas a la vida.

Cree y crea un mundo con un sinfín de posibilidades para enfrentar las cosas con optimismo, donde la motivación sea el ingrediente más importante pues, de todo lo que hagas con fe y de buena voluntad, siempre obtendrás las mejores recompensas.

Preserva siempre los principios fundamentales como los valores, la dignidad y el respeto. ¡Sé empático con el prójimo y, si en tus manos está el poder ayudar, hazlo! Verás que la vida se encargará de ponerte a personas que el día de mañana también estarán dispuestas a hacer lo mismo por ti.

Recuerda que ser feliz cuesta poco, pero tiene un valor infinito: cuando la felicidad es compartida, la satisfacción es inmensamente gratificante.

ÍNDICE

Capítulo 1	11
La fe y fortaleza de mi esperanza	11
Diagnóstico impredecible	12
Aislamiento	13
Los estudios e interminables intervenciones	14
Capítulo 2	27
Padre Germán Arzuza Erausquin	27
Apodos	29
Recuperación y superación	30
La carta de doña Petra	31
Capítulo 3	32
Los conflictos	32
La infancia plena	33
La falta de una figura paterna	34
Te perdono para liberarme	35
El cariño apático	37
Capítulo 4	40
La Casa de zinc	40
Mi primer trabajo	41
Mi Pequeña gigante	42
Capítulo 5	45
Una nueva aventura	46
Papaya 12	48
Malcriadez	49
Inspiraciones	51

Momentos para el recuerdo.....	52
Tony's fruit center.....	53
Capítulo 6.....	54
Fernando's Repairs auto shop.....	54
Wan Boy Supermarket.....	55
Gracias por creer en mí.....	60
Sueños y aspiraciones.....	61
Capítulo 7.....	64
Volver a empezar.....	64
Exigirse respeto.....	68
El tiempo.....	69
El día más triste de mi vida.....	70
Ser juzgado.....	73
Capítulo 8.....	75
Catashi 6-M.....	75
En busca de nuevos horizontes.....	76
El Destino.....	79
El momento de partir.....	80
Capítulo 9.....	82
Buscar donde pasar la noche.....	82
Seguir mi camino.....	83
Los 50 kilómetros.....	85
Llegar con la idea de quedarse.....	86
Capítulo 10.....	88
Combatir la tristeza.....	88
Normas y costumbres.....	89
Adaptarme a mi nueva realidad.....	91

No sucumbir ante las presiones	92
Capítulo 11.....	94
Sentirme realizado	94
Post NL.....	95
Hotel Miami	97
Volver a casa.....	101
Capítulo 12.....	104
El regreso.....	104
Mi amiga soledad.....	105
Cuidar la salud.....	106
Levantarme a pesar de mis caídas	109
Capítulo 13.....	112
El amor Ágape.....	112
El amor Eros.....	113
Reencontrar el amor	115
El rayito de luz.....	116
Capítulo 14.....	122
Ser el mejor ejemplo para ti.....	122
El reencuentro	123
Querida prima	128
Agradecer a Dios por sus bendiciones	131

Capítulo 1

La fe y fortaleza de mi esperanza

La fe es base fundamental para

no perder la esperanza.

La mujer que da vida y amolda todo lo que soy se llama Esperanza del Valle Dijkhoff Escobar. Al describir a mi madre creo que no existen límites o palabras suficientes para decir lo extraordinaria y buena madre que ha sido para sus hijos. De carácter fuerte, corazón sensible y con un poder de convicción excepcional a la que nadie le quebranta su amor y fe en Dios; siempre dispuesta a ayudar a todo aquel que lo necesite. Una persona con una capacidad inmensa de perdonar y saber encontrar paz dentro de su ser, capaz de empatizar con el sufrimiento y dolor ajeno. Yo la suelo describir como una mujer ejemplar, luchadora, guerrera y heroica que daría su vida y más por el bienestar de sus hijos. Para ella no existen imposibles, sus limitaciones solo se las impone la voluntad de Dios.

Emprendió sola una valiente lucha con el fin de lograr devolverme la sonrisa y la actitud positiva ante la vida, superando todos los obstáculos que en el camino se le presentaban, entregada a hacer de mí alguien de bien con principios y valores. Le suelo decir con frecuencia que nuestra historia es más larga que el expediente de un hospital. Agradezco su dedicación al ir en busca de un diagnóstico, de reunir ayuda y nunca haberse rendido ante las adversidades. El no haber aceptado un no como respuesta si de mi salud se trataba. Ella asumió la responsabilidad de ser esa madre y padre a la vez pues, lamentablemente, no contó mucho con el apoyo incondicional de mi padre ya que muy pocas veces estuvo presente. Sin embargo, fue su decisión el estar ausente. Solo él sabrá por qué.

Diagnóstico impredecible

La voluntad es siempre de

Dios nuestro creador.

Un 22 de diciembre del año 1984, me llevan de urgencia al hospital de niños de Judibana con un cuadro clínico grave y pocas probabilidades de vida. La falta de recursos económicos impide poder ingresarme en una clínica de especialidades donde el Dr. Aponte López, en el momento de verme, le pregunta a mi madre: “¿Cómo es posible que este niño no esté hospitalizado?”. Él sin muchos preámbulos le notifica a mi madre que padezco de una meningitis bacteriana con un cuadro clínico tan avanzado que solo un milagro me podría salvar. Los médicos nunca se percataron de lo cerca que estuve de la muerte. Días antes me recetaron unas gotas de Lagartil y calmantes para aliviar la fiebre, pero la angustia e incertidumbre de mi madre no cesó, puesto que no tenía un diagnóstico exacto y, quizá, podría no haber recibido la medicación adecuada. A mis padres les aconsejaron ir arreglando todo para organizar mi funeral.

Mi padre, aceptando dicho cuadro médico y las pocas probabilidades de supervivencia, desistió antes que mi madre. Ella, por su instinto luchador, no aceptó el parte médico que se me diagnosticó y persistió en buscar una mejor solución para seguir luchando por mi vida. Tras haber logrado dejarme hospitalizado quedó a la espera de la pediatra que, para su angustia, esa noche nunca llegó. Refugiada entre rezos y padre nuestros oraba, me sollozaba entre sus brazos y me amamantó, dándome su calor de madre. Creo que fue la única salvación que me mantuvo con vida hasta el siguiente día que llegó la pediatra. A su llegada, mi madre se enteró de que a la pediatra nunca se le notificó de mi emergencia. Yo apenas podía respirar en mi estado crítico.

Pienso en la impotencia que debió haber sentido al no haberme podido llevar a una clínica en donde, quizás, hubiese recibido una mejor atención médica. Solo Dios y la fe de mi madre sabrán el porqué, el saber soportar y sobrellevar la carga que le tocó a ella enfrentar.

El 23 de diciembre de 1984 me hicieron unos estudios y me realizaron una punción lumbar para extraer un líquido de mi cabeza y espalda. Según revela mi madre, esto lo hacían con unas agujas que parecían espadas filosas. El diagnóstico no era muy alentador y la ciencia médica confirmaba las pocas posibilidades de supervivencia. Una vez más, mi madre aferrada a su fe y amor a Dios no quiso pensar en lo negativo que esto resultaba. Se negaba a desistir y siguió luchando porque para ella solo era la voluntad de Dios y el rendirse no era una opción.

Aislamiento

Dios es el refugio para tus angustias;

y el único capaz de fortalecerte.

La doctora decidió enviarme a la sala de aislamiento donde mi madre solo podía estar por ratos. Allí la vestimenta era una ropa azul con gorros, zapatos y tapaderas para la boca, esa era la única forma de ingresar a verme. Me imagino su debilidad y sentir estando con ella, amamantándome y agotando sus pocas fuerzas. El niño vegetal que apenas podía respirar. Yo me imagino que no le daba mucha importancia a mi estado vegetativo, para ella lo más importante era verme y sentirme vivo en aquella sala donde ingresaban tantos niños con el mismo diagnóstico, pero muy pocos salían con vida. Pienso en el temor de mi madre al apartarse de mi lado sabiendo que, quizás, no volvería a encontrarme con vida. Se refugió en las oraciones y en Dios que todo lo puede. Yo creo que en sus oraciones me entregó a las manos y voluntad de Dios para que solo él tuviera el control de mi estado de salud. Se aferró a que se hiciera su voluntad.

A partir de ese momento empezaría el extenso historial de mi paso por los hospitales, donde el camino a recorrer sería uno largo, agotador e incierto.

Los estudios e interminables intervenciones

La salud es lo más valioso en la vida.

A pesar de haber vivido en primera persona estos estudios y análisis, creo que Dios sabe lo que hace y hasta dónde llega el sufrimiento que podemos soportar. Creo que lo mejor ha sido el no acordarme de todos los dolores, malestares y síntomas. Sin embargo, me imagino los momentos de angustia y dolor que emocionalmente tuvo que haber sentido mi madre al imaginarse sentir el dolor y el malestar que a mí me aquejaba. Una lucha interminable por hacer todo lo posible por seguir y no darse por vencida. Al verme entregado a Dios nuestro señor y que de Él se hiciera su voluntad, encontró un resguardo espiritual en su fe infinita para hacer frente a mis recuperaciones, recaídas y malestares.

Yo suelo decir a veces que yo nací en Punto Fijo, pero mi crianza entre ir y venir se desarrolló en Caracas. La adopté como mi segunda casa, yo era un caraqueño más dentro de la gran ciudad metropolitana. Tanto así que Los Leones del Caracas es mi equipo favorito de béisbol profesional. Agradezco también a todas las personas que en el momento justo estuvieron allí para ayudarla. Gratos recuerdos del señor Canilo y de todos los trabajadores de la ortopedia. Considero la familia lejos de casa a todas esas personas benevolentes y con ganas de ayudar que terminas sintiéndolas como familia propia. La familia Figueras con tía Celina y mi abuelita Petra (q.e.p.d.) es un ejemplo de ello. Desde muy pequeño he tenido tendencia a llamar a las personas que han ocupado un lugar especial en mi corazón doña o abuela, esa ha sido mi manera de ofrecerles mis sinceros respetos para con ellas. A pesar de los interminables estudios y constantes viajes a Caracas para mis controles de salud; desde que tengo uso de razón siempre he tratado de enfrentar la vida con el mejor de los optimismos, con una sonrisa y espíritu soñador.

Sabía que algún día esto iba a acabar y recuerdo preguntarle a mi madre: “¿Por qué debo venir a control si yo me encuentro muy bien?”. Y ella me solía decir: “Porque toca venir a consulta y a todos tus